

Imágenes de infancia en *Cien años de soledad*

Carlos Alberto Martínez

El mundo creado por Gabriel García Márquez, por lo menos en dos de sus novelas fundamentales, *El coronel no tiene quien le escriba* y *Cien años de soledad*, es esencialmente onírico e infantil. Pero es un mundo real, intensamente real, aunque los personajes vivan en un sustrato de niebla y casi no se dejen perturbar por los hechos, los cuales tienen la delicada precaución de discurrir paralelamente. He concluido, después de varias inmersiones en su obra, que no hay nada de “realismo mágico”, sino de realismo a secas, pues la vida verdaderamente vivida no tiene nada que ver con esa otra en que nacemos, crecemos, envejecemos y terminan por meternos en un ataúd, como bien lo intuyera el escritor Fernando Pessoa. Existen dos vidas, a juicio del poeta portugués: la segunda, llamada la vida cotidiana, convencional e irreal, y, la primera, la que han preferido vivir los miembros de la familia fundada por Úrsula Iguarán, tataranieta de un aragonés asentado en la Guajira, y José Arcadio Buendía, tataranieto de un criollo. Esta vida es la verdadera, siempre vivida en un estado alterado de conciencia. La novela, pues, debió escribirse en un estado alterado de conciencia prolongado durante dos años, con breves pausas para los reclamos de la fisiología. Y debe leerse, para captar su sentido recóndito, en estado alterado de conciencia, porque, en el decir de Úrsula, la única persona cuerda de la novela, se trata de “una familia de locos”.

Interesa en esta incursión, indagar en la infancia, ese continente desconocido, sin explorar, y que permanece en el interior de cada uno de los personajes, inclusive más allá de la muerte. Desde las primeras líneas de su novela cumbre, *Cien años de soledad*, el narrador nos introduce en la mentalidad infantil. El coronel Aureliano Buendía, frente al pelotón de fusilamiento, memora ese momento especial de su infancia cuando su padre lo llevó a conocer el hielo. Es un hombre maduro, curtido en los negocios de la guerra, quien se asoma al aljibe del pasado y ve en las aguas serenas un episodio de su niñez. En ese tiempo eternizado en la memoria del guerrero, el mundo es también un niño; Macondo, la aldea que fundara su padre y una cuadrilla de veintidós intrépidos, es también un niño recién nacido. Los niños que pronto van a poblar sus calles deben aprestarse a nombrar las cosas; es decir, cumplir la función de Adán. A esa aldea de apenas veinte casas de barro y cañabrava, elementos rústicos, tomados directamente de la naturaleza, llegan los gitanos y entre ellos “un gitano corpulento, de barba montaraz y manos de gorrión” (García Márquez, 1970,

p. 9). Se nombra Melquíades, y estaba en posesión de “la octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia”. Desde ese largo párrafo inaugural, entra el lector en la magia y debe seguir inmerso en ese mundo cada vez más desquiciado y asombroso hasta el no menos extenso párrafo final en el cual Aureliano Babilonia, “el bastardo” (hijo de Meme y Mauricio Babilonia), descifra el último verso de los pergaminos garrapateados por Melquíades con cien años de antelación.

Todo cuanto se ha narrado, sin omitir el cataclismo que habrá de borrar de la faz de la tierra la ciudad de los espejos (o los espejismos), estaba en los quebradizos pergaminos de ese trotamundos estrafalario.

La llegada de los gitanos y los nuevos inventos que pregonaba Melquíades facilitan el regreso de José Arcadio Buendía a la infancia; es decir, a la locura creadora. José Arcadio, el primogénito, quien estuvo catorce meses en el vientre de Úrsula, y Aureliano, convertido con el tiempo en el señor de la guerra, promovido a coronel, tuvieron unos años de asombro dentro del asombro escuchando los relatos maravillosos de Melquíades.

Aureliano, que no tenía entonces más de cinco años, había de recordarlo por el resto de su vida como lo vio aquella tarde, sentado contra la claridad metálica y reverberante de la ventana, alumbrando con su profunda voz de órgano los territorios más oscuros de la imaginación, mientras chorreaba por sus sienes la grasa derretida por el calor. José Arcadio, su hermano mayor, había de transmitir aquella imagen maravillosa, como un recuerdo hereditario, a toda su descendencia. (p. 13)

Es, pues, este ser estrafalario, que atraviesa las edades a grandes zancadas, quien introduce desde el inicio una realidad paralela en el mundo de los niños y en la mente infantil de José Arcadio Buendía, el patriarca. La aldea, además, es una especie de Arcadia feliz, y por ello el segundo nombre de su fundador. Al cabo de pocos años, ya cuenta con 300 habitantes, “donde nadie era mayor de treinta años y donde nadie había muerto”.

A medida que se desarrolla el relato, más afinidades encuentra el lector con el disparatado mundo de la infancia. Aureliano, más tarde coronel, fue el primer ser humano que nació en Macondo. Este jovencito había llorado en el vientre de Úrsula, su madre, y nació con

los ojos abiertos. Cerca de la mitad de la novela, se sabe, por boca de Úrsula, que el llanto intrauterino representaba la prueba de que estaba incapacitado para amar. Ya a los tres años, Aureliano sorprende a su madre con sus dotes anticipatorias.

Úrsula no volvió a acordarse de la intensidad de esa mirada hasta un día en que el pequeño Aureliano, a la edad de tres años, entró a la cocina en el momento en que ella retiraba del fogón y ponía en la mesa una olla de caldo hirviendo. El niño, perplejo en la puerta, dijo: “Se va a caer”. La olla estaba bien puesta en el centro de la mesa, pero tan pronto como el niño hizo el anuncio, inició un movimiento irrevocable hacia el borde, como impulsada por un dinamismo interior, y se despedazó en el suelo. (p. 20)

Alarmada, Úrsula se lo cuenta a su marido, pero este lo consideró un fenómeno natural. José Arcadio consideraba, por entonces, la infancia “como un período de insuficiencia mental”.

Por un tiempo, José Arcadio estuvo embebido en los inventos de Melquíades y empeñado en transformar los metales no nobles en oro. Pero alguna tarde, llamó a los niños para que le ayuden a desempacar las cosas del laboratorio, y las relaciones entre sus hijos y él gozaron de un cambio asombroso. Vale la pena leer y paladear este párrafo revelador:

En el cuartito apartado, cuyas paredes se fueron llenando poco a poco de mapas inverosímiles y gráficos fabulosos, les enseñó a leer y escribir y a sacar cuentas, y les habló de las maravillas del mundo no sólo hasta donde le alcanzaban sus conocimientos, sino forzando a extremos increíbles los límites de su imaginación. Fue así como los niños terminaron por aprender que en el extremo meridional del África había hombres tan inteligentes y pacíficos que su único entretenimiento era sentarse a pensar, y que era posible atravesar a pie el mar Egeo saltando de isla en isla hasta el puerto de Salónica. (p. 21)

Infancia feliz y asombrada. José Arcadio y Aureliano fueron niños privilegiados al tener a la mano un maestro sin par en las artes de la imaginación.

Las lecciones de esa tarde son interrumpidas por la llegada de un nuevo lote de gitanos, todos en la flor de la edad, “ejemplares hermosos de piel aceitada y manos inteligentes”. Esta nueva cohorte de saltimbanquis introduce nuevos asombros en esa niñez ya de por sí asombrada. Los niños se familiarizaron muy pronto con la gallina que ponía cien huevos de oro al compás de la pandereta, el mono amaestrado que adivinaba el

pensamiento, la máquina que pegaba botones y bajaba las fiebres, el aparato para olvidar los malos recuerdos, el emplasto para perder el tiempo y “un millar de invenciones más” (p. 21).

Los niños de la familia Buendía viven en un estado casi natural: están en contacto íntimo con la tierra y el barro, el agua y las flores, los pájaros y los insectos. Los padres están tan inmersos en sus quehaceres y quimeras que poco caso hacen de ellos. Viven a la buena de Dios, de asombro en asombro, y pueden compartir con su padre, quien está trastornado por los inventos de Melquíades, sus sueños y desatinos. Desde el momento de nacer, dejaron claro que serían seres diferentes: rudo y fuerte, el primero; impenetrable y misterioso, el segundo, pero ambos dotados de una fuerza de voluntad inquebrantable.

Abruptamente ingresan al mundo desconcertante de la adolescencia y se inician en los secretos del sexo por propia iniciativa. Una de las mujeres que llegó con los pioneros, y por lo tanto fundadora de Macondo, es la encargada de enseñarles a gozar y amar. Se llama Pilar Ternera y el olor a humo que emana de sus axilas y su risa estridente tienen el poder de trastornarlos. José Arcadio sería el primero en yacer en su cama y engendrarle un hijo que habrá de llamarse José Arcadio, como su padre y su abuelo, pero, para evitar confusiones, terminará por llamarse solo Arcadio. De la unión de este con Santa Sofía de la Piedad saldrá Remedios, la bella, la creación más perfecta de la perfecta simplicidad, un retazo de naturaleza indómita e inmune a los convencionalismos que exaspera a la meticulosa y refinada Fernanda del Carpio, la belleza de los páramos casada con Aureliano Segundo, gemelo de José Arcadio Segundo, hermanos menores de Remedios, la bella.

José Arcadio, el patriarca de Macondo, no castiga a sus hijos, más bien los deja ser y hacer a sus anchas, respetuoso o indiferente del destino inexorable de sus caracteres. A la casa de los Buendía van llegando niños extraños y todos son recibidos, adoptados y tratados como retoños legítimos. José Arcadio, el hijo de Pilar Ternera y José Arcadio, el primogénito, y Aureliano José, el hijo del más tarde coronel Aureliano Buendía y la misma Pilar, llegan a la casa y se integran con todos los derechos en la familia. Asimismo ocurrirá con Rebeca, la extraña, bella y retobada guajirita de doce años de edad que llega con un atadillo de ropa y un costal cloqueante en el cual reposan los huesos de sus padres, de quienes no conserva recuerdo alguno. Con ella llega el mundo mágico de la enigmática Guajira y también la peste del insomnio que empata con la epidemia del olvido. Un poco antes habían llegado a esta familia de locos Visitación y Cataure, dos indios guajiros, que pertenecían a la realeza.

Los Buendía constituyen una familia incestuosa: Úrsula y José Arcadio son primos carnales, y en adelante sus hijos, nietos, bisnietos y tataranietos se enamoran y tienen relaciones sexuales entre sí, a pesar del pavor de engendrar hijos con cola de marrano que gravita sobre hombres y mujeres. Una de las pocas relaciones no incestuosas es la del joven Aureliano Buendía y Remedios Moscote, la que aún se orina en la cama y es impúber, pero la diferencia de edades dificulta la imagen de una pareja, pues parecen más un padre y una hija prometidos. Los imperativos de la carne prevalecen como una fuerza irresistible, pero esto es más evidente en los José Arcadios que en los Aurelianos. Es una familia maldita, triste, infinitamente triste. La pareja primordial está unida por lazos de sangre y Aureliano Babilonia y Amaranta Úrsula, sobrino y tía respectivamente, engendran un niño que, para cumplir el designio de los manuscritos de Melquíades y la maldición, nace con cola de marrano. La madre, una especie de reencarnación de la primera Úrsula, muere desangrada después de dar a luz al hijo del “antropófago”.

Amaranta, la niña de los Buendía, se cría en compañía de Rebeca, y ambas se convertirían en rivales a la llegada de Pietro Crespi a Macondo. Pero Amaranta, ser extraño en una familia de gente extraña, tendrá relaciones con su propio sobrino Arcadio, y la misma Rebeca, aunque no era un Buendía de sangre, pero sí por adopción, se irá a vivir con su hermano de crianza José Arcadio Buendía, el primogénito, cuando este le ha dado la vuelta al mundo sesenta y cinco veces, intentando huir de la paternidad. Arcadio, el hijo de Pilar Ternera, estuvo a punto de acostarse con su propia madre. Una noche, la prostituta complaciente soborna a la virgen Santa Sofía de la Piedad para que yazga con el militar insaciable y despótico que habría de morir fusilado dándoles vivas al Partido liberal. La hija de estos últimos, Remedios, la bella, será la única que no tiene relaciones sexuales con ningún miembro de los Buendía, ni con ningún hombre, porque ella era un ser de otro mundo, una estela de aromas perturbadores que conducían a la muerte a quien tuviera la desgracia de mirarla y, sobre todo, de olerla. Un ser de esta pasta no puede tener una muerte pedestre como el común de los mortales, y es así como el narrador resuelve, en una especie de *deus ex machina*, hacerla levitar entre las sábanas de bramante que Fernanda del Carpio intentaba extender en la cuerda en el jardín de la casa, una tarde de marzo:

...Fernanda sintió que un delicado viento de luz le arrancó las sábanas de las manos y las desplegó en toda su amplitud. Amaranta sintió un temblor misterioso en los encajes de sus pollerinas y trató de agarrarse de la sábana para no caer, en el instante en que Remedios, la bella, empezaba a elevarse. Úrsula, ya casi ciega, fue la única que tuvo

serenidad para identificar la naturaleza de aquel viento irreparable, y dejó las sábanas a merced de la luz, viendo a Remedios, la bella, que le decía adiós con la mano, entre el deslumbrante aleteo de las sábanas que subían con ella, que abandonaban con ella el aire de los escarabajos y las dalias, y pasaban con ella a través del aire donde terminaban las cuatro de la tarde, y se perdieron con ella para siempre en los altos aires donde no podían alcanzarla ni los más altos pájaros de la memoria.

El único personaje feliz de *Cien años de soledad* es Remedios, la bella. Ella es la única que pasa como una estela de luz pura por la existencia, como una bocanada de aire yodado, pero, en revancha, hace desgraciado a quien se le acerca e intenta asirla, porque es una belleza pura, inasible, no admite la mirada ni la admiración.

Los niños, niñas, adolescentes y adultos de esta novela son seres tristes, y por ello la novela es infinitamente triste; a cada salto de párrafo nos asalta la tristeza, la nostalgia, la soledad, la frustración, los celos homicidas, los rencores suicidas, los odios que se empozan en el corazón, la ponzoña de la envidia, la sorda lucha contra la fatalidad. El único personaje que entiende la naturaleza de Remedios, la bella, es su otra alma gemela: el coronel Aureliano Buendía. Porque más que guerrero, el coronel es un poeta, y sus gestos inútiles de orfebre consumado y preciosista lo sitúan en el pedestal de los demiurgos.

Todos los niños de esta novela son seres tristes, viven en un sustrato de niebla, como sonámbulos, “zurumbáticos”, diría Úrsula. Pero no por causa de los parásitos intestinales, sino por una enfermedad del alma que viaja en sus genes. Son niñas y niños perplejos, impenetrables, que habitan mundos herméticos. Pero es que así es toda infancia; no hay niños felices en el sentido frívolo del término; la infancia y la niñez son periodos dolorosos en la vida de todo hombre y toda mujer. La ventaja de la familia Buendía es permitirles con sabia liberalidad que ellos y ellas puedan ser como tienen que ser. Los mayores enseñan a leer y escribir a los menores, los llevan, los conducen por los vericuetos de la casa, que es un microcosmos encantado, y desde siempre se acostumbran a convivir con los muertos, a ver al viejo José Arcadio bajo la sombra del castaño y a Melquíades en el cuarto con su sombrero de alas de cuervo y su “chaleco patinado por el verdín de los siglos”.

Aureliano Segundo, cuando solo tenía doce años, se interesa por los manuscritos de Melquíades, y es el primero que intenta descifrar los extraños caracteres que más tarde se sabría estaban escritos en sánscrito. Es en ese cuarto, milagrosamente limpio a pesar del tiempo transcurrido bajo llave, donde el niño Aureliano

Segundo había de leer un volumen sin tapas en el cual se contaban la historia de una mujer que se sentaba a la mesa y solo comía granos de arroz que prendía con alfileres y la del pescador que pidió prestado al vecino un plomo para su red y el pescado con que lo recompensó más tarde tenía un diamante en el estómago, y con la lámpara que satisfacía los deseos y las alfombras que volaban. Ya lo habrá adivinado el lector: se trataba de *Las mil y una noches* (p. 161).

Los niños de esta familia, en calidad de hijos, nietos, bisnietos y tataranietos, heredan los recuerdos. No hay necesidad de entablar extensos diálogos crepusculares con los mayores, pues tienen un acervo de imágenes que han pasado de padres a hijos, de hijos a nietos y así sucesivamente, con una fidelidad absoluta. Melquíades es reconocido por todos los descendientes de Úrsula y José Arcadio y, cada cierto tiempo, con diversa edad, hace su aparición física en la casa para complacencia de los niños y entabla con ellos el diálogo interrumpido con el viejo José Arcadio. Los nombres, los caracteres, las locuras, los planes quiméricos, se replican a lo largo de cien años hasta el cataclismo final.

Bruno Crespi, hermano menor de Pietro, casado con Amparo Moscote, hija de Apolinar Moscote, el primer corregidor de Macondo, encantó, como ya lo habían hecho los primeros gitanos, la vida de los niños de la aldea. La escuela, como institución separada del hogar, no abrió sus puertas sino en la infancia de los gemelos José Arcadio Segundo y Aureliano Segundo, hijos de Arcadio y Santa Sofía de la Piedad. Y fue por el mismo tiempo en que Bruno Crespi abrió el teatro al aire libre. El maestro se llamaba Melchor Escalona, “un maestro viejo mandado de la ciénaga, que hacía caminar de rodillas en el patio de caliche a los alumnos desaplicados y les hacía comer ají picante a los lenguaraces, con la complacencia de los padres” (p. 130).

Los gemelos fueron los primeros estudiantes que se sentaron en el salón de clases “con sus pizarras y sus gises y sus jarritos de aluminio marcados con sus nombres.”

José Arcadio Buendía siempre prolongó su niñez hasta más allá de la muerte, sufrió un acceso de locura violenta cuando comprobó que en el cuarto de Melquíades se había detenido el tiempo, justamente un lunes. Fue inmovilizado y amarrado en el castaño y allí permanece para siempre. Su muerte apacible, digna de una persona servicial e ingenua como él, constituye uno de los momentos más felices y tristes de la novela. Asimismo sucede con la muerte del coronel Aureliano Buendía y la misma muerte de Úrsula, inclusive la muerte aparentemente violenta de José Arcadio Buendía, el hijo mayor, ya convertido en usurpador de tierras hasta donde llegaba la línea del horizonte. En los últimos meses de vida, Prudencio Aguilar, a quien José Arcadio

había matado de un lanzazo en un pueblo cuyo nombre no se menciona, le daba de comer, le limpiaba y le informaba de las acciones militares de Aureliano, el coronel. Son dos niños buenos y mansos, conversando a la sombra del castaño, mientras más allá de la ciénaga grande rojos y azules se dividen el país con una aplicación de hienas moteadas.

José Arcadio muere por simple descuido, porque al despertar lo hace en el cuarto equivocado en esa galería de cuartos infinitos con la que suele soñar. Una noche cualquiera, mientras dormía por fin en su propia cama, porque era un hombre pacífico, Prudencio Aguilar, que sin duda lo quería de compañero en la muerte, le toca el hombro en el cuarto que no es el de la realidad, y él despierta en uno de los cuartos de esa serie infinita y allí se queda para siempre. Mientras le toman las medidas para el ataúd, todos observan maravillados a través de la ventana: “estaba cayendo una llovizna de minúsculas flores amarillas”. Al amanecer todas las calles de Macondo estaban tapizadas por “una colcha compacta, y tuvieron que despejarlas con palas y rastrillos para que pudiera pasar el entierro” (p. 125).

La infancia va dentro de cada uno de los personajes, y se soporta o acepta como algo inexorable e irreparable. No bien se produce una contrariedad, sobre todo en el amor, Rebeca, por ejemplo, vuelve a comer tierra, en un gesto regresivo. José Arcadio, el patriarca vive una segunda infancia dentro de su infancia de anciano cuando llega Pietro Crespi con sus bailarinas de cuerda, las cajas de música, los monos acróbatas, los caballos trotadores, los payasos tamborileros, como regalo para Rebeca. Gracias a esta gama de objetos maravillosos, pudo el viejo patriarca superar la nostalgia por la ida de Melquíades y revivir los tiempos de la alquimia cuando andaba curucuteando por todos los rincones de la casa en pos de la piedra filosofal o empecinado en sacarle un daguerrotipo al mismísimo Dios. Mientras tanto, Aureliano, el genio de la platería, enseñaba a leer y escribir a la pequeña Remedios Moscote, ya prometida como esposa. Retrechera al principio, la última de las siete hermanas Moscote terminó por sentirse atraída por ese profesor serio y meticuloso “y pasaba horas con él estudiando el sentido de las letras y dibujando en un cuaderno con lápices de colores casitas con vacas en los corrales y soles redondos con rayos amarillos que se ocultaban detrás de las lomas” (p. 71).

Cien años de soledad está salpicada de episodios de sexo brutales, rabelescos, pero la trama y urdimbre de esta obra prodigiosa están construidas con hilos del más puro amor y la más acendrada soledad. La pasión de Remedios Buendía del Carpio (Renata, para su madre, y Remedios para su padre, Aureliano Segundo Buendía), la inteligente y refinada Meme, por el mecánico de

la Compañía bananera es poca cosa comparada con la despiadada expiación de la culpa en alguna celda de un convento de la ciudad de las 32 iglesias. Unas escasas semanas de desaforada pasión en el baño, entre alacranes y mariposas amarillas, no compensan la fractura de la espina dorsal de su amante ni su vida perdida y anónima. Meme es quizá el personaje más conmovedor y trágico de toda la novela. Desde esa noche malhadada en que un guardia, a pedido de Fernanda, su madre, derriba de un balazo certero en la columna vertebral al joven Babilonia, Meme no dejó de percibir su olor a aceite y

su ámbito de mariposas, y seguiría pensando en él todos los días de su vida, hasta la remota madrugada de otoño en que muriera de vejez, con sus nombres cambiados y sin haber dicho nunca una palabra, en un tenebroso hospital de Cracovia. (p. 252)

No hay amores maduros (adultos) ni amistades maduras (adultas). Se viven el amor y la amistad de manera infantil, como la primera vez. La misma enemistad, por ejemplo entre José Arcadio y Apolinar Moscote, es respetuosa, digna, íntegra. Los amigos constituyen la sal de la vida, por esto para Aureliano Segundo, el farero empedernido, quien vive una vida de carnaval, entre la esposa y la concubina, intérprete de las canciones de Francisco el Hombre, como para su nieto Aureliano Babilonia, quien, en un momento de profunda soledad y lejos de sus amigos Álvaro, Germán, Alfonso, Gabriel y el sabio catalán, ya al otro lado del charco para siempre, grita: “Los amigos son unos hijos de puta”.

Pero ese grito vagabundo, esa blasfemia de borracho, no es sino la conmovedora confesión de que sin los amigos la vida no vale la pena vivirse. Por ello, Gabriel García Márquez estuvo incapacitado toda su vida para aceptar la muerte, pues la dama de la guadaña o el garabato lo alejaría para siempre de sus amigos. Quiero compartir con ustedes el sueño soñado por García Márquez después de vivir cinco años en Barcelona:

Soñé que asistía a mi propio entierro, a pie, caminando entre un grupo de amigos vestidos de luto solemne, pero con un ánimo de fiesta. Todos parecíamos dichosos de estar juntos. Y yo más que nadie, por aquella grata oportunidad que me daba la muerte para estar con mis amigos de América Latina, los más antiguos, los más queridos, los que no veía desde hacía más tiempo. Al final de la ceremonia, cuando empezaron a irse, yo intenté acompañarlos, pero uno de ellos me hizo ver con una severidad terminante que para mí se había acabado la fiesta. “Eres el único que no puede irse”, me dijo. Sólo entonces comprendí que morir es no estar nunca más con los amigos. (García Márquez, 1992, pp. 13-14)

Pero si morir, como afirma García Márquez, es no estar nunca más con los amigos (vivos), la muerte constituye, en contrapartida, la única posibilidad de reunirse con los amigos muertos.

Por ello en *Cien años de soledad* los muertos nunca pierden el estatus de personajes y pueden emerger a la superficie de la novela cuando lo juzguen conveniente, cuando la nostalgia de la vida y los vivos sea insoportable. Es este el caso de Prudencio Aguilar, de Melquíades, del mismo José Arcadio. Los sueños juegan aquí un papel esencial, pues constituyen vivencias tan reales como la vida misma.

Ya para cerrar estas notas deshilvanadas, digamos que los 32 levantamientos armados promovidos por el coronel Aureliano Buendía Iguarán y sus mismos diecisiete hijos engendrados en diecisiete mujeres distintas, los catorce atentados de que fue víctima, las tres emboscadas y el mismo simulacro de fusilamiento parecen episodios de un inextricable juego de niños voluntariosos. Bien sabemos los lectores de *Cien años de soledad* que el coronel Aureliano Buendía se disparó un tiro de pistola en el pecho “y el proyectil le salió por la espalda sin lastimar ningún centro vital” (García Márquez, 1970, p. 94). Las mismas arbitrariedades de su sobrino Arcadio, el hijo de Pilar Ternera con José Arcadio, el primogénito, al asumir como jefe militar de Macondo, constituyen desafueros de niño travieso. Pero de un niño que además de travieso es perverso, y por ello su misma abuela, Úrsula, le espetaba en la cara: “Eres un asesino.”

Los habitantes de Macondo, no solo los miembros de la familia Buendía, viven abundantes y frecuentes episodios carnavalescos, muy propios de la etapa infantil. Es una aldea infantil, a pesar de que crece y llega a adquirir la categoría de municipio. Pero ese hábito de misterio y magia, tan propio de la fase infantil del hombre, tiñe cada uno de sus actos. La peste del insomnio y la enfermedad del olvido son asumidas como una fiesta; el interminable cuento del gallo capón y la materialización de las imágenes de los sueños, que se pasean como si nada por los corredores, haciendo más divertida y variada la vida de sus habitantes, y la misma cantaleta joyceana de Fernanda del Carpio que finalmente consigue sacar de casillas a Aureliano Segundo, tienen un parecido fraternal con la forma en que los niños asumen su paso por la vida, siempre frustrando las previsiones sensatas de los adultos. Es un mundo patas arriba, hecho con la misma sustancia de los sueños y el mito, un mundo delirante de seres delirantes.

Los Buendía viven en un mundo hermético y aunque, gracias a las iniciativas de Úrsula, Santa Sofía de la Piedad, Amaranta y Rebeca, y más tarde Amaranta Úrsula, y los mismos esfuerzos “civilizadores” de Fernanda

del Carpio, buscan instalarlos en el mundo contemporáneo, los hombres consiguen mantenerse en lo suyo, como niños voluntariosos, siempre de fracaso en fracaso, la única forma digna y exitosa de vivir la vida. Aureliano Babilonia se encerró durante meses en el cuarto de Melquíades, y no solo se aprende de memoria los relatos de Scheherezada, sino que estudia a Hermann, el tullido, autor de un tratado sobre los astrolabios y un *chronicon* sobre la historia del mundo, constructor de relojes y autor de dos textos admirables: *Salve Regina* y *Alma Redemptoris*; se afirmaba de este monje que su mente era tan dilatada como encogido su cuerpo. Aureliano Babilonia, además, se hace fuerte en la ciencia demonológica, penetra en las claves de la piedra filosofal, estudia y descifra las centurias de Nostradamus y llega a realizar un completo estudio acerca de la peste negra, “de modo que llegó a la adolescencia sin saber nada de su tiempo, pero con los conocimientos básicos del hombre medieval” (p. 301). Este personaje, llamado por su tío José Arcadio Buendía del Carpio como “el bastardo”, es el encargado de realizar la síntesis de todos los estudios anteriores del coronel y los gemelos. Aureliano Babilonia sabe perfectamente que debe dominar el sánscrito antes de que las predicciones cumplan un siglo. Visita, entonces, la tienda del sabio catalán y allí descubre un *Sanskrit Primer*. Santa Sofía de la Piedad es la encargada de adquirir el libro que se hallaba entre la *Jerusalén libertada* y los poemas de Milton, “en el extremo derecho del segundo renglón de los anaqueles”. Vale la pena recordar que el dinero para la compra del diccionario vino directamente del difunto Aureliano Buendía: Santa Sofía de la Piedad debió vender uno de los diecisiete pescaditos de oro que aún quedaban en el taller (p. 302).

Los niños que aparecen cierta mañana en la casa de los Buendía, cuando ha retornado el papable de la familia, un farsante de siete suelas, José Arcadio, hijo de Fernanda del Carpio y Aureliano Segundo, hermano de Meme y Amaranta Úrsula, tío de Aureliano Babilonia, son muy perversos y finalmente terminan por ahogarlo

en la alberca. Estos niños tienen un parecido fraterno con los mismos que importunan el gallo del coronel en *El coronel no tiene quien le escriba*.

La infancia tiene, como la luna, una faz oscura y enigmática. No es bueno intentar descorrer ese velo, porque ahí se agazapan los monstruos que la razón, temerosa, envía al desván del alma, que otros llaman inconsciente.

Úrsula, el ser más organizado de este mundo, previsible y generoso, también vuelve a la infancia. Después se vuelve senil y la misma casa sufre una “crisis de senilidad”. José Arcadio, el tataranieta de José Arcadio Buendía y Úrsula Iguarán, desde su llegada de Roma se distrae recogiendo niños del pueblo y los lleva a jugar a la casa.

Aparecía con ellos a la hora de la siesta, y los hacía saltar la cuerda en el jardín, cantar en el corredor y hacer maromas en los muebles de la sala, mientras él iba por entre los grupos impartiendo lecciones de buen comportamiento [...]. Los niños se tomaron la casa, como lo hicieron en el pasado las compañeras de Meme. Hasta muy entrada la noche se les oía corretear y cantar y bailar zapateados, de modo que la casa parecía un internado sin disciplina. (p. 313)

Quedémonos con esa imagen, digna de la casa de los Buendía, pues en ella siempre hubo niños y niñas y sus ojos asombrados constituyeron siempre el espejo mágico a través de el cual los adultos prefirieron ver la verdadera realidad que les escamoteaba la mirada condicionada y convencional.

Referencias

- García Márquez, G. (1970). *Cien años de soledad*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- García Márquez, G. (1992). Prólogo. *Doce cuentos peregrinos*. Bogotá: Editorial Oveja negra.